

El Colorado de Banfield

Por Sylvia Bonfiglio

Las calles eran de los hombres...

Los últimos pantalones anchos, pañuelo y sombrero, silbando un tanguito terminaba de vestirse. Impecable, sonrisa al tono, radiante lamparita del patio, chan-chan, taconeó para arrancar... así bien petitero, rosita rocoó en la solapa, Glostora en el pelo... ¡tarirará!

Adoquín, zapato, taco cruzaba el empedrado nocturno, húmedo como hocico de perro. Chiflaba en las esquinas. Respuesta, corrida y saludo. Apretón de manos. Sonrisas. Humo. Los muchachos de la barra se iban convocando sin arreglo previo... sabían, nada más. La hora, la calle, la noche y el tarirará.

Las calles eran de los hombres.

En la soga del patio, la blusita de crepe se mecía al sol. Saquito entallado al cuerpo, pollera, medias de nylon y zapatitos con plataforma esperaban su momento de gloria sobre una silla de la pieza. Después de la clase de piano se encontraban las chicas en la vereda de "La estrella española" para "dar la vuelta al perro". Caminarían del brazo por Maipú, ida y vuelta hasta la estación, por una vereda y por la otra.

Al llegar a la esquina de "La bola de oro" el muchacho de traje gris, ojos profundos y sonrisa "odol" se sacaría el sombrero al verlas pasar... ¡tarirará!... ellas bajando la mirada y apretando sus cuerpos una contra otra, apurarían el paso para reírse segundos después, tapándose los dientes con la mano; girar levemente para volver a verlo... y la más pispireta gritar "¡adiós!". Luego repetirían el cuento toda la tarde, disfrutándolo otra vez, volviéndolo a vivir en el recuento minucioso de los acontecimientos.

Por la noche irían a algún salón de baile: el de la Sociedad Italiana, el Club infantil o el Belgrano, y en carnaval al "Yapeyú" o al "Cludias". Los sábados eran de ellas.

Alfredo De Angelis nació el 2 de noviembre de 1910 en Adrogué, pero para nosotros, los banfileños, es de aquí. Comprobantes de esta afirmación son el tango "El taladro"; la casa paterna de la calle Palacios, pegadita al viejo almacén de doña Sabina que hace esquina con Chacabuco y el mote con que se lo nombraba: El colorado de Banfield.

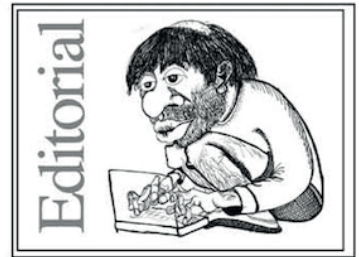
La casa de Palacios, austera y ancestral como solía verla mi vieja, sigue erguida en el mismo sitio, intacta y anacrónica, anclada en el 40, cuando una pibita de 11 años amiga de su sobrina lo escuchada tocar el piano sentadita en un taburete. Ausente de pintura y un poco venida a menos, esta casa- como tantas cosas que fueron importantes y luego las olvidamos para siempre- sobrevive a los recuerdos... y a la voracidad inmobiliaria. Cuestiones del tiempo... y del género humano.

¡A esa casa le falta la mano del viejo de De Angelis! Pintor, artista... decorador de las mayólicas de Constitución y también de brocha gorda, reconocido



Ilustración de Andres Arvez

sigue en la pag 3 ▶



LA H

No suena.

Yo no sé cómo hacían para enseñarnos en la primaria esta extraña letra. No sé qué me dijeron, solo recuerdo escuchar que no sonaba. A medida que fui creciendo advertí que saber si había que escribirla dependía exclusivamente de todo lo que leyeras, es decir: sabías que iba con hache porque lo habías leído.

Después el mundo me llevó por otros lados y entonces me explicaron eso del sonido aspirado que tiene la letra, incluso después las palabras inglesas se hicieron moda entonces mi niña pequeña me dice que quiere hacer JIP JOP y es entonces cuando descubro que no es JIP JOP, sino HIP HOP. Errado.

La primera vez que denoté la fuerza de esta letra fue no hace mucho, cerca de Chihuahua en Santa Eulalia, un antiguo pueblo minero del norte mexicano, fue en un diálogo que escuché dentro de un salón, afuera una persona reconocía de forma enérgica que él había errado. Me pareció un gesto de valentía importante. Es que si bien, errar es algo sumamente común, admitirlo no lo es. Es decir, cuando uno dice que erró: suena. Da más empatía escuchar a quién reconoce haber errado que a aquel que manifiesta haber acertado. ¿Será porque recordamos más los errores que los aciertos?. Nadie se pregunta que hubiera sucedido si el cabezazo de Víctor López no hubiera entrado en el arco de Tigre. Pero sí, todos cuestionan como empujó la pelota Cevallos en el partido contra River, en la copa. Parece que los errores se nos pegan, nos vuelven, nos marcan. Manteniendo el relato a nivel futbolístico, Valdano, y en otra oportunidad Bielsa comentaron que solo las derrotas templan el espíritu y mejoran el ser humano, que en general no hay nadie a quien se le hayan despertado sentimientos de nobleza tras un gran triunfo. Para volver a la gente que pasó por Banfield, y señalar una excepción, Osvaldo Soriano relató el sentimiento de arrepentimiento que Obdulio Varela, el negro jefe de la selección Uruguaya que protagonizó el maracanazo, tuvo al confundirse en la noche carioca junto a los miles y miles de perdedores del mundial del 50. Se sintió arrepentido de lo que había hecho. Se sintió errado en haber acertado. Vengo con todo esta lata, porque quiero que usted sepa que me equivoco, que los que hacemos el banfileño, nos equivocamos, imagínese por ejemplo que en el número anterior colocamos el cuento ganador de secundaria 1 con el seudónimo de la chica ganadora. Es decir; Carolina Díaz solo existe en la imaginación de Rocío Santander. Esta última fue la ganadora, nos equivocamos. Es decir erramos. Tratamos de no errar pero erramos, fíjese por ejemplo que en la historia con la que comencé este relato, hablo del tipo que reconoce que erró y yo medio tocado me inquieto, salgo del salón y encaro la calle, y me empiezo a reír solo. Es que el hombre que hablaba con ese canto, no tan suave como las películas mexicanas, estaba agachado y las alas de su sombrero dejaban entrever que levantaba las manos delanteras de su caballo y señalaba sus cascotes. El otro hombre, dijo que había "errado" mal. Pero este insistía en que "erraba" bien, que siempre había "errado" bien. Y es recién ahí que me doy cuenta que había una hache en toda esta conversación. Hablaban de errar y no de errar. Hablaban de herraduras y no de errores. Yo de todas maneras, le hablo de errores, hablo de errar sin hache. Ojalá que reconozco nos haga mejores. De todas maneras me llama la atención lo diminuto que es el espacio entre errar y acertar. Además como le decía suena igual. Conclusión: Hemos errado intentaremos mejorar, con este editorial hemos herrado nuestros errores y aún tenemos ansia de continuar

De Banfield a Malvinas

Por Osmar Castro

Marcelo Daniel Massad, clase 1962, un joven de Banfield en las puertas de un brillante futuro, no regresó.

A los 19 años está en Monte Longdon recibiendo una orden: Replegarse. Daniel Suarez, a su lado, escucha lo que Marcelo dice, y mira. Daniel está comunicando que hay un grupo de conscriptos que no han oído la orden.

Estamos en Banfield, Osvaldo y Dalal, sus padres, amablemente rememoran los episodios que vivió su hijo, héroe nacional por su conducta y genuino valor demostrado en una de las batallas más duras de Malvinas. Esta distinción lo alcanza, no solo por su valentía y patriotismo en combate, sino también, por su gesto profundamente humano y solidario al no replegarse ante una orden en pleno ataque enemigo; porque su premura fue correr a avisar a un grupo de compañeros que no la habían escuchado, una vez hecho esto y con sus camaradas a salvo, el tiempo no le alcanzó a él, pero sí los proyectiles de una metralleta...

Los acontecimientos de 1982 movilizaron al país entero con resultados dolorosos, pérdidas humanas y secuelas traumáticas entre muchos de los que regresaron, problemas físicos y psíquicos y todo el sedimento de un conflicto bélico entre países. Esa desafortunada contienda mostró sí valores humanos extraordinarios, actitudes valerosas de muy jóvenes combatientes iniciados, algunos, en el mismo momento del enfrentamiento, contra profesionales de la



Marcelo Massad de vacaciones en el Sur

guerra; jóvenes que habían cambiado en treinta días sus libros de textos o sus herramientas de trabajo por un fusil extraño e inmanejable y que debieron aprender porque en eso les iba la vida, estaban cumpliendo su servicio militar obligatorio y a punto de regresar a sus hogares para continuar con sus sueños e ilusiones, debieron ir a las islas y algunos no regresaron...

Marcelo mira a su compañero y le pide que se quede, que él mismo va a avisarles que hay que replegarse, que se vienen los ingleses, que no se puede resistir más, que hay que volver. Entonces se agazapa y corre hacia abajo.

Muy al sur de nuestro territorio, donde el mapa hace una cuña hacia la zona del mar austral, están las Malvinas, al este del continente y conformando el archipiélago que pertenece a nuestro país. Usurpadas por el Reino Unido en 1833, los reclamamos se han sucedidos en forma permanente ante todos los foros internacionales competentes. La legitimidad de las peticiones han sido avaladas por entidades y organizaciones de igual rango y, en forma individual, por países de todos los continentes. Ese inmenso apoyo continúa en el presente y seguirá en el futuro porque la cuestión Malvinas es una causa que no ha cerrado.

Osvaldo Massad va en busca del café, Dalal su esposa, comienza a seleccionar documentación sobre Marcelo, sin dejar de contar anécdotas. De alguna manera, en paralelo, asocio imágenes y sentimientos muy cercanos que no puedo evitar, por similitud de conductas y actitudes que tienen que ver con lo mejor de la condición humana, especialmente a esa edad cuando afloran proyectos de vida con muchas ilusiones y el futuro comienza a clarificarse en cuanto al desarrollo persona; y de pronto, todo se derrumba en un solo instante por un hecho casual, inesperado o traumático y deja marcas muy profundas que no desaparecerán, en el círculo de familiares más cercano.

Marcelo llega a la trinchera y grita, "Vamos muchachos hay que replegarse". Los que lo han escuchado se amontonan en la salida y corren cuesta arriba.

El café humea, Osvaldo y Dalal me alcanzan una foto, "estas son nuestras hijas Karina y Yamilé...", son hermosas apunto y ella asiente complacida. Ambas han sentido la

sigue en la pag 3 ▶

Sergio Mercurio

Paseo

Por Vicki Mendez

Recorro las calles de Banfield como siguiendo un surco que durante años abrieron otros: otros mis abuelos; otros mis viejos y otros yo, porque hace veinte años, yo, era otra. Seguramente hace veinte años no me hubiese hecho los cuestionamientos que hoy me hago. Es que algo está cambiando, el surco no es el mismo.

Últimamente una sensación extraña y contradictoria me acompaña en las rutinas. Es un malestar difícil de definir. Como si en el fondo supiera, que es un tema que no debería quitarle el sueño a nadie; que debería ocuparme de cosas trascendentes; que si lo midiera con un "importómetro" el sentimiento estaría más cerca de asuntos tales como el paulatino achicamiento de "Juancito" o el traslado de "Café La Pausa", que del hambre en el mundo. Hasta ahí lo tengo claro. Pero son esas cosas que escapan a la razón, hay algo latente que va más allá, es algo que se siente. Es la angustia que da lo irreversible.

Ni siquiera sé a quién va dirigido el enojo. Las casas no son ni fueron más, no corrí sus jardines sombríos y muy verdes, sus amplias y frescas galerías, no disfruté sus distinguidos interiores. No debería importarme tanto. Pero el entripado sigue, sin un destinatario preciso. Un día es con los dueños que las venden a sabiendas del destino inexorable y fatal, otro, es con las constructoras, sus negocios y la legislación edilicia que lo permite. Con todos y con ninguno.

Sigo caminando y la decepción vuelve en cada nuevo descubrimiento, y esa tristeza y el ciclo que se repite: cartel de venta, tapiado, empresa de demolición, y chau, cien años de historia en un volquete. Pasa tan rápido que no da tiempo a nada, no hay reacción. Otra vez la imagen de mi pueblito, elegido entre tantos otros, convirtiéndose en otra cosa.

Y no es que tenga nada personal contra los edificios, algunos son hasta lindos. Pero no los quiero en Banfield, o por lo menos no, levantándose sobre la historia; no sobre los chalcitos ingleses de calle Belgrano, que como las fichas de dominó van cayendo uno tras otro como corridos por una enorme sombra de cemento que los deja sin sol, sin aire; no sobre el puentecito que unía, como en un cuento, las dos alas de la casa en Pueyrredón y Rincón; ni sobre "Les Bruyeres" y sus 150 años de historia, sus gatos y definitivamente no, sobre la casa en la que vivió el Lencho Sola.



Busco aliados en el barrio, saco la conversación con los vecinos, intuyo que no es dolor individual sino colectivo, porque lo que se pierde trasciende a las personas, con la demolición se va parte del patrimonio arquitectónico y cultural de Banfield, de la identidad, de los recuerdos. Se pierde, se pierden.

Pero no todo se pierde, los sueños no se pierden, las ganas de hacer cosas tampoco, y como soy una optimista de tiempo completo, me permito soñar...y como el que sueña y no convida tiene sapo en la barriga invito a soñar.

¿Se imaginan algunas de estas construcciones recuperadas para la gente del barrio, para los chicos, en forma de escuelas, salas de salud o casas de cultura?

Yo sí. Porque soy una convencida de que si nos proponemos transformar la realidad que nos toca, aún en las cosas más sencillas, pueden pasar cosas inimaginables, cosas que hasta ese momento parecían imposibles. Esas revoluciones chiquititas... como plantar árboles frutales colectivos o cerrar calles para que vuelvan a jugar los chicos...

Los de Banfield

Por Cesar Canessa

Fernando va con la camioneta por Belgrano y levanta al Ticas que trabaja en la construcción. Siguen recorriendo el barrio y van juntando las banderas verdes y blancas y al resto de los muchachos que trasnocharon un poco por el baile con elección de Reina. Se suben el Pibe, Carlitos, Gori, Mauri y otros más contando anécdotas de lo vivido hace un ratito. Falta el Coco que se ahogó en mal de amores y no creen poder revivirlo.

Hasta acá parece una rutina conocida por todos, pero asómbrame amigo, que esto que les cuento sucedió en Tilcara a 1600 kms de Peña y Arenales. Es que ahí, en plena Quebrada de Humahuaca, hay un grupo de vecinos que anda honrando los colores y la historia reciente del club de nuestros amores. Viven todos en el barrio Escalinata, que en poco tiempo también se llamará Banfield y juegan los campeonatos barriales representando a nuestro cuadro, al suyo también.

Cuando saben que uno habita en tierra sagrada abren los ojos y cuentan el sueño de visitar el Florencio Sola y sus alrededores. Se imaginan que todo es alborde y necesitan recorrer las callecitas de este pueblo. Admiran a Palacio y a Bilos, ahora a Chávez y Noir. Veneran a la Pachamama y a Garrafa.

Pasa la mañana y nos damos cuenta que

nos une el fútbol y el Taladro. Nos damos cuenta que quien les habla es de allá y que ellos son de acá. Tenemos en común festejos, emociones y anhelos para nuestros equipos pero también las intenciones de generar identidad y un sentido de pertenencia. Entonces ahí va Fer, el cabecilla deportivo y social del grupo, explicándonos que hay que trabajar más para la escuela de fútbol que él coordina llamada Banfield. Incentiva a que la comparsa salga en carnaval pero esta vez más grande y bullanguera, piensa en los festejos del día siguiente ya que nuevamente saldrán campeones del campeonato local y se emociona ante la posibilidad de que todos en Tilcara tengan un carnet de socio.

Ahí, a 2460 metros sobre el nivel del mar se está más cerca del cielo y el viento hace que inevitablemente se tenga contacto con la tierra. Ahí las calles tienen el mismo problema que acá, se vaciaron de juguetes y de niños que los usen, entonces surge una nueva iniciativa de Fernando quien escuchó atento los relatos de la visita: "Si me enseñan cómo debo hacerlo, me gustaría hacer un picnic en el barrio". Soñamos entonces, en esos últimos minutos que nos vimos, con la familia de 16 hermanos banfileños y toda la cuadra

del "Escalinata" en la calle, compartiendo una chocolatada, haciendo carrera de embalsados, pintando los postes de la calle, repartiendo libros y jugando un ping pong en ronda.



Abrazos y promesas de regreso. Una fecha puesta en el calendario para hacer asados, salir a la calle e ir a la cancha. 2 de Febrero jugamos en Jujuy y ahí estaremos los de acá y los de allá, mejor dicho: los de Banfield.

El Secreto de Garisto

Por Sergio Caracciolo

Estaba por empezar el campeonato, la "pretemporada" había sido flaca, la habitual, apenas un par de amistosos buscando jugadores en la pileta para poder llegar a once, y Leo me mandó un mail. "Porque no te escribiste unas palabras para comenzar el torneo..." me decía, me proponía, me obligaba, y a mi que me gusta escribir, que me pidan, no tanto que me obliguen, lo primero que se me vino a la mente fue Fernando, nuestro escriba mayor, y tuve la sensación de estar a punto de pisar su terreno, pateando el portoncito de madera que ya no calza su pasador y metiéndome en el jardín de su casa, entre malvones y geranios, sin permiso, sin invitación, poniéndome a jugar de central en medio de un partido, tomando una lanza que solo a él le pertenece por derecho y mérito propio, y me dije que no, que no puedo, que lo lamento, Leo, otra vez será. Claro que en el mismo instante me dio ese cosquilleo en la piel, me empezaron a llover sobre el cuerpo esas gotas de ideas que obligan a moverse, ojo, digo una llovizna, apenas una garúa, casi una brisa, no más que eso, donde las arengas se sucedían unas tras otras, mezclándose para que nazca una nueva, una mejor, una más efectiva. Me gustan las arengas, ese momento único en que los equipos se hacen una masa compacta en la que físico y espíritu, cuerpo y alma, la fuerza y la mente, se unen insalvablemente, aún cuando no quieran, se resistan o se recelen, quedando enganchados por noventa minutos, como si se tratase de una brujería, un amarre de pareja masivo, orgía del sentimiento, del compromiso, de la entrega. En general se escucha hablar de los buenos grupos a los jugadores que acaban de salir campeones, claro, en la buena es más fácil, pero cuando los resultados son esquivos y los puntos no aparecen, sí lo hacen los conventillos, los cabaret, las camarillas, ahí es donde se ven los pingos, ahí es donde nosotros, mi humilde equipo de veteranos, hacemos la historia, y ahí fue cuando me acordé de Garisto, porque me dije, sí, una arenga, pero una arenga es para el instante previo a salir a la cancha, una arenga de viernes a la mañana no resiste al entrenamiento gastronómico del mediodía, a la siesta inevitable de la oficina, a la noche de quilombos familiares, al sueño entrecortado del futbolista, a la mañana urgente del sábado y al jolgorio de nuestro vestuario, no hay arenga que aguante tanto, ergo, arenga no, me dije, pero Garisto, sí.

Luis Garisto, uruguayo de voz hinchada y honda, un DT del montón, casi un desconocido cuando llegó a Banfield, a un equipo que estaba prácticamente descendido, 3 puntos en 10 partidos sin conocer la victoria, con apenas 6 goles a favor, con

0,300 de promedio, un DT económico para un plantel modesto, para descender sin quilombos de presupuesto, un DT que se autoproclamó un bombero y terminó realizando el milagro que nadie de él esperaba, terminar con 18 puntos ese torneo y sumar 30 en el segundo, esquivando el abrazo mortal del Nacional B y comenzando un camino que con el tiempo nos llevó a jugar la Libertadores, sí, un milagro, un sueño y un personaje que, en su debut se quedó dormido en el banco de suplentes de un Banfield - Talleres Cba., el mismo que dijo, después de un Banfield - Boca de 11 am, el del triunfo del dedo de Santa Cruz en la cola de Riquelme, que "...bueno, había sido un partido muy difícil porque a esa hora había un hambre bárbaro!", el tipo que, fascinado por el campo de deportes del club, dejó a su familia en el departamento de Capital y se quedó a vivir en los dormis del polideportivo, con la única condición de que le compraran una vaca, a la que ordeñaba todas las mañanas entre el primer y el segundo termo de mate, entre el perfume de los eucaliptos y el canto de los pájaros, un DT que no había hecho ningún descubrimiento táctico, jugaba con un 4-4-2 rígido, a morir, que solo era flexibilizado cuando la magia del Garrafa saltaba del banco de suplentes al campo de juego, un DT que no pidió grandes incorporaciones ni premios siderales y siguió con los mismos jugadores que antes de su arribo parecían momias, y después supieron ser leones, unas fieras que dejaban la vida. En la tribuna nos preguntábamos qué les diría el uruguayo en el vestuario, porque en la tribuna siempre se confiaba más en una buena arenga que en la táctica, la estrategia y las condiciones futbolísticas innatas de los jugadores, máxima tratándose de aquel equipo que en las diez primeras fechas había demostrado de todo lo que era incapaz. Hasta que un buen día vino un amigo, subía los escalones con la sonrisa amplia de quien descubrió un tesoro y está a punto de compartirlo. "¡Tengo el secreto de Garisto!", nos dijo antes de saludarnos. ¿Qué hacía el gordo? ¿Acaso los amenazaba? ¿Les prometía gaita? ¿Les golpeaba el pecho como Griguel? ¿La cola como el Bambi? No, no y no, el uruguayo, antes de salir a la cancha les leía un cuento, sí, un cuento, literatura, supongo que eso les dejaba una moraleja, una enseñanza, o que al menos les hacía olvidar por un momento el drama de los promedios y los jugadores salían a la cancha más distendidos, embriagados de fantasía, de sueños, a jugarse una realidad con otra en la cabeza. Así que lo pensé mejor y al fin dije, Leo, encaremos el próximo torneo a lo Garisto, tenemos el personaje, tenemos un sueño, solo resta ir por el milagro, inventarnos el cuento que, a propósito, ahí va, Leo!



Director Propietario Sergio Adrián Mercurio; Editor: Javier Mercurio; Diagramación: Aurelio Valdez; Ilustraciones Andrés Alvez, Redacción: Nicolás Fratarella, Mario Arraraz, Sylvia Bonfiglio, Cacho Castro, Vicki Mendez, Nelson Ferreyra, Osvaldo Fani, Nerea Otero, Mariano Giniger, Cesar Canessa; Colaboradores: Oscar Leza, Adrian Botindari, Sergio Caracciolo, Marcela Pettinati, Eduardo Sánchez, María H. Cosentino, Alcides, Juan Carlos, Leandro Martín. El colectivo se reúne el miércoles 9 de octubre a las 20 30 horas en Capdevilla y Maipú, Almacén pizzería 25 de mayo.

viene de la pag 1

El Colorado de Banfield

en el barrio por la calidad de sus trabajos y la simpatía del trato. Afable, colorado y hablador, fue pintor de esos que iluminan la vida de las casas comunes, las casas de vivir, las de tantas familias de Banfield. Lo artístico se le escurría de las manos, se le escapaba casi sin pensarlo: cuentan vecinos de entonces que más de una galería familiar o un patio fue tocado por su magia, convirtiendo una pared vieja en un paisaje sorprendente.

Otra prueba de pertenencia local es el tango "El taladro" para el club de sus amores, es decir Banfield, por eso decimos que para nosotros, los banfileños, es un vecino cercano, como Pepe Biondi. Un vecino que vivió en un hogar colorido y que estaba destinado a iluminar también, pero de otra forma, con música, con los acordes del 2x4 que bailaron los muchachos de entonces. ¡"Pavadita" de cosa, che! Hijo de Filomena Tecchi y Virgilio De Angelis, fue el tercero de cuatro hermanos: Reynaldo, Virgilio, Alfredo y Tulio. Su familia era una familia de artistas, músicos y pintores, la tía Ema estaba casada con Samuel Castriota, autor de la música de "Lita", más conocida como "Mi noche triste". Su padre, don Virgilio ejecutaba distintos instrumentos violín, piano, bandoneón y varios de viento, y como si fuera poco, su padrino de bautismo fue don Belisario Roldán, escritor y autor teatral amigo de don Virgilio. En semejante semillero germinó Alfredo, quien iba a ser uno de los más representativos directores de orquesta de aquella época dorada del tango.

A los 11 años compone el vals "A mis compañeros", y en 1923 tocó como invitado en un espectáculo en la Sociedad Benéfica de



Adrogué organizado por Don Alfredo Palacios. Para esa circunstancia se convocó a los mejores bandoneonistas de la época: Fresedo, Arolas, Pacho, Aieta, Marcucci. Alfredo tenía 12 años entonces y jugó su papel maravillosamente y de pantalones cortos. ¡Al finalizar,

Palacios puso un billete de 10 pesos en el bolsillo del pibe que había tocado a la altura de Fresedo y Arolas!

A los 13 años ya tenía diploma de profesor de piano, y luego de su paso por la academia de baile de Antonini, logra tocar con Anselmo Aieta en el "Café Germinal". Esto le permite luego, acompañar como pianista películas mudas en salas de cine populares como el Cine Maipú de Banfield o el Teatro Lamis. En sus comienzos acompañó al cantor Juan Giliberti y llega a la orquesta de Aieta reemplazando al pianista Juan Polito. Curiosamente en esta orquesta también participaba un violinista que iba a dar que hablar y que junto con la De Angelis iba a formar parte de los grupos de orquestas que pusieron el acento en el baile en los años 40 y 50: Juan D'Arienzo.

Pasó por la orquesta de Graciano de Leone y también por la de Los Mendocinos dirigida por Francisco Layo, pero recién a partir de 1940 formó la propia, debutando el 20 de marzo de 1941 en el Café Marzotto de la calle Corrientes con el vocalista Héctor Morea.

Actuó en radio El Mundo con los cantantes Morea y Floreal Ruiz y de esta forma llega al "Glostora Tango Club", mítico programa radial que salía diariamente 15 minutos antes de uno de los más populares radioteatros de la época "Los Pérez García".

De Angelis se convierte en un fenómeno de popularidad ya que permaneció durante 22 años en este espacio y fue reconocida figura de lo que resultó "la época de oro" del tango. Por estas razones, el sello Odeón lo incorpora en su elenco artístico, con el que grabó 486 temas desde el 23 de julio de 1943 hasta el 21 de enero de 1977.

Cantaron con él figuras de la talla de Oscar Larroca, Carlos Dante, Julio Martel, Floreal Ruiz, Roberto Florio. Compuso y ejecutó temas inolvidables como "Pastora", "El taladro", "Pregonera", "Pavadita", "Remolino", "Aleli", "Lo había visto a Gardel" con glosas de Pepe Biondi y tantísimos otros.

Fue, como su padre, colorado y afable, generoso y brillante. Fue De Angelis, Alfredo De Angelis, marca indiscutible de nuestra música popular por excelencia: el tango, música que nos define argentinos en el sentido más urbano y barrial de este gentilicio.

"...cuentan que una estrella lo llevó donde se va sin regresar. Se fue sin volver jamás.... y ha dejado como un rezo, su taritarirará...!"

Siete de la tarde. Polvo de Coty o Avant la fete, rouge, colorete y taquitos. Allá van las chicas de entonces a repetir la ceremonia del sábado. Llegarán hasta el Club Banfield, el de la palmera y la pérgola, con la antigua casona y la pista pequeña, tanto que a veces se bailaba en la tierra. Es carnaval y toca De Angelis. La luna empezó a mostrarse, como ellas, radiante y sonriente.

Esa luna en el patio le augura algo bueno. La radio acompaña la afeitada: ¡¡¡ "Glostora...la cita de la juventud triunfadora"...taritarir!!! Adoquín, zapato, tacho. Cruzaba el empedrado nocturno con la ignorancia de que el destino lo esperaba a la vuelta de la esquina. ¡ Chan, chan!! Taconeó para arrancar.

Ellas se ríen, vieron entrar al muchacho de traje gris y ojos profundos.

Acomodándose el sombrero él se acerca y con su sonrisa "odol" estira la mano y elige- sin saber que era para siempre- elige a la más bajita, preciosa, patitas flacas y labios rojos.



La orquesta suena maravillosamente y las parejas en su eterna calesita de violines y bandoneones giran alrededor, en eterna coreografía improvisada.

La luna se ríe, cómplice y nocturna. ¡Banfileña!
¡Las calles eran de los hombres. Los sábados eran de ellas! ¡TARITARIRARIRARÁ!

viene de la pag 1

De Banfield a Malvinas

ausencia del hermano y no podía ser de otra manera. Las preguntas se suceden y las respuestas no se hacen esperar, vamos entrando en la vida de Marcelo Massad, estudioso, alegre, confiable... bien plantado y muy buen compañero, deportista, llegó a integrar las inferiores del C.A. Banfield. Tenía claros proyectos para su vida, había elegido cursar la carrera de Contador Público Nacional y cuando debió incorporarse al servicio militar tenía aprobado su ingreso en la Facultad de Ciencias Económicas.

Los conscriptos están corriendo cuesta arriba, resuena furiosamente una ametralladora, los dardos de plomo vienen escondidos en el paisaje. Desde la trinchera de arriba Daniel Suarez, ve que Marcelo es golpeado en el pecho.

Llevó a las islas ese caudal de vida sana y joven, comprometida para un futuro que no pudo ser. El ejercicio obligado de las armas, en lo que se estimaba, una acción de defensa legítima en pos de la recuperación de una soberanía arrebatada, no cambió la esencia de su formación cristiana, su solidaridad y su nobleza... Cuando los segundos o minutos son vitales no vaciló en exponer seriamente su vida y la entregó para poner a salvo a un grupo de compañeros. Este gesto, relatado por otro soldado que pertenecía a ese batallón, lo enaltece de una manera extraordinaria.

Al caer Marcelo se toma al rosario blanco que le dio su madre. Después, alguien rescató su doble rosario que siempre portaba en el cuello, y luego, una hoja de papel de su chaqueta con un mensaje en el que se dirige a Dios y describe cómo lo encuentra: "Tendido de espaldas en un hoyo de granadas y mirando al cielo"... no es una plegaria, es un diálogo abierto cuyo comienzo lo explica "Escucha Dios: yo nunca hablé contigo. Hoy quiero saludarte..." y hacia el final "... No sé si aún quieras darme la mano al menos,



ilustración de Andres Alvez

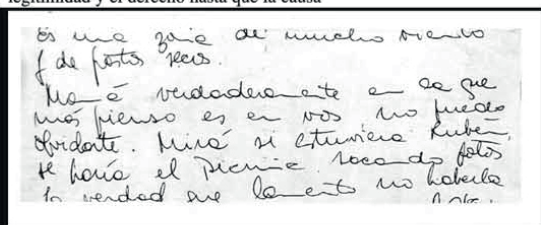
creo que me entiendes..."

Dalal sigue ofreciendo testimonios, revistas, libros, notas de diarios y periódicos; fotografías y un conjunto de reconocimientos de todo el país; de Centros de Veteranos de Guerra, autoridades de distintos gobiernos nacionales, embajadores... tanto ella como su esposo responden con su presencia en todos los actos que se realizan en conmemoración a los episodios de Malvinas 1982, su actividad no cesa, viajan a donde deben para hablar y mantener vivo el derecho a la recuperación de las islas, lo sostienen desde el recuerdo de Marcelo, revalorizando su sacrificio y el de todos sus camaradas. Por ello, su permanente contacto con los Centros de Veteranos y combatiente, con quienes se sienten hermanados en pensamientos. Bien dice Osvaldo que no se debería hablar de ex-combatientes, sino, de combatientes lisa y llanamente, porque las batallas seguirán con las armas de la legitimidad y el derecho hasta que la causa

se termine con la recuperación de la soberanía argentina sobre las islas.

En el cementerio Darwin de Malvinas descansa Marcelo, en Banfield una plaqueta ubicada en la calle Maipú y Alsina lo recuerda. Marcelo no regresó.

Marcelo Daniel Massad ha sido declarado héroe nacional por la ley 24950 y su modificación por la 25424. Los veteranos de Malvinas, los que regresaron son para nosotros héroes también ellos debieron pasar muchísimas situaciones de peligro, privaciones carencias elementales, condiciones climáticas muy duras y hostigamientos y ataques constantes de las fuerzas propias y enemigas y sin embargo muchos de ellos siguen trabajando, pertenezcan o no a Comisiones o Centros de Veteranos, todos merecen el reconocimiento y valorización de los argentinos.



Fragmento de una carta de Marcelo a su madre

LEJOS DE MALVINAS

Por Sergio Mercurio

La navidad del 98, decidí pasarla en un campamento SEM TERRA, el MST nació en el estado de Paraná en Brasil, hace cerca de 30 años, compuesto originalmente por trabajadores rurales sin tierra, organizados con el objetivo de hacer cumplir la ley de reforma agraria del gobierno de Sarney que permitía que las grandes extensiones de tierra improductiva fueran ocupadas para ser trabajadas. A partir de allí los sem terra enfrentaron la injusticia de grandes terratenientes que contrataron asesinos para enfrentarlos. En el 98 eran casi prohibidos. Yo quería conocerlos y se me ocurrió hacer un intercambio de una función por la noche de navidad con ellos. Me subieron a una carreta y empecé a visitar uno a uno a los ocupantes. En medio de la nada, nos detuvimos en una cabaña, había dentro dos hombres de unos 50 años, tomando mate. Charlamos. ¿De qué pueden hablar un argentino y un brasilero en su primer encuentro? ¿Futbol? No, eso es el imaginario de los que miran la televisión en un sillón mientras pasan los canales con su control remoto. Piense. No son dos prototipos de sus países. Yo era algo así como un joven que terminó la universidad hace un tiempo y está

viajando y, ellos dos hombres que han caminado con una valija desvencijada durante meses, buscando un lugar donde poder trabajar la tierra sin ser tratados como esclavos. Ellos han enfrentado los rifles con la templanza del que ya ha perdido todo. Esos dos hombres hablaron conmigo y muchas veces vuelvo a ese lugar en ensueños. Uno me extendió el mate y después de confirmar que yo era argentino me dijo así: "¿Cómo pudieron sobrellevar ese sufrimiento?" Juro que no sabía de que me hablaba. Lo miré extrañado. "Nosotros sentimos que eso era algo muy triste vivirlo", continuó diciendo. Ahí, yo me perdí. Quedé sostenido en el aire, suspendido, mirando este hombre, con las manos rasgadas, la piel curtida y un saco que había vivido en otros cuerpos. Fue él quién me sacó de esa incertidumbre cuando agregó. "Debe ser terrible vivir una guerra. Nosotros nos entristecemos mucho por ustedes, por su pueblo. ¿Cuántos años ya pasaron de la guerra de Malvinas?" Ahí caí en la cuenta de algo más profundo que los cálculos del año 82 al 98, caí en la cuenta, que yo no recordaba que mi país había estado en guerra, y sospeché que como yo, eran muchos los que no recordábamos uno de los momentos más tristes de nuestra historia y vino a mi la frase de Vicente Musto, "la única guerra ganada es la que no sucede".

BANFIGRILLA

B
A
N
F
I
E
L
D

1. Daniel. Arquero. Jugó entre 1975 y 1984
2. Volante central campeón 2001
3. Defensor actual, marcó su primer gol en su debut en Jujuy
4. Arquero suplente Ascenso 87
5. Volante. 31 partidos y 3 goles en el Campeón 1962
6. Volante central campeón 1993 -
7. Jugador tandilense, proveniente de River, jugó en 1951 y 1952.
8. Defensor Campeón que volvió en 2013

LOS SEGUIDORES DE LAS HUELLAS



Siguiendo las huellas de Cortázar

Primer Premio Secundaria 2

Lara Gorzonowitz

Escuela Tiempos Modernos

La casa de la Esquina

Intriga. Eso era lo que sentía en este momento. Hacía como una semana que ese maletín estaba ahí tirado, y nadie lo venía a buscar. Era rarísimo. Nadie se lo robó, nadie lo forcejeó, nadie lo tocó. Esa Chacabuco tan corta entre las vías y Vergara es tan, pero tan transitada, tanto por conductores como peatones, y todavía nadie se lo había llevado. Hago ese camino todo los días para ir al colegio y puedo jurar que no se movió de su lugar.

Me volvía sola a mi casa, en la esquina de Belgrano y Talcahuano. Así que aproveché a revisarla un poco, siendo discreta. Me acerqué a analizarla, e intenté abrirla sin forcejar demasiado para no romper nada. No pude, pero la curiosidad me venció y me la llevé a casa para ver si con alguna herramienta ahí tirada en el galpón, la podía abrir.

Me costó un poco, tuve que hacer bastante fuerza pero finalmente la pude abrir. Sinceramente ni pensé qué podía haber, pensé más en abrirla que en otra cosa. Cuando pude ver lo que había adentro, me sorprendí. Pensé que podía haber un objeto de valor, hasta plata, pero no. Había una tarjeta, con palabras raras, casi se podía decir inventadas. Se leía algo así como "DOMUS ANGULI". Probé mil maneras de describir el mensaje, reemplazando letras, todo lo posible. Al final, se la llevé a mi mamá, pero no le conté de dónde la saqué. Ni me lo preguntó. Ella tampoco pudo adivinarlo, pero me dió una pista: estaba escrito en latín. Eso me ayudó mucho, pues ya sabía cómo entender lo que me decía; buscando en un diccionario o en un traductor. Tuve que esperar, porque no tenía Internet desde hacía un par de semanas. Tampoco diccionario de latín.

Estaba en mi cuarto, escuchando un poco de música vieja, mi favorita. Entre los cantantes que más me gustan se encuentran los Beatles, Roxette, Queen, Phill Collins, etcétera. De repente, suena el timbre, pero como mi mamá estaba en casa, ni me molesté en levantarme. Era el técnico que venía a arreglar el módem. Inmediatamente me acordé

de la tarjeta, la cual había guardado en el cajón de mi mesa de luz, y esperé con ansias a que termine su trabajo. Apenas se fue, ingresé a Internet, fui al traductor y busqué el significado. Me asombré al descubrir su definición: casa en la esquina.

No entendía que podría significar "casa en la esquina", además de una casa en una esquina, porque en Banfield hay millones de casas en esquinas. ¿Y si es una especie de pista para un caso? ¿Cómo sabrían a qué domicilio, a qué calle deberían dirigirse? Me quedé pensando un buen rato pero no llegué a ninguna conclusión.

Era un día ventoso y tenía la ventana abierta, por lo que una fuerte ráfaga sopló todos los papeles que tenía sobre mi escritorio, incluida la tarjeta. Cuando me agaché a levantarla, ví un mensaje diferente en ella. El viento la había dado vuelta. Era un número: 300613.

Otra vez pasé horas rompiéndome la cabeza, intentando formular una hipótesis sobre qué quería decir ese número, hasta que me dí cuenta que podía ser una fecha. Así es: treinta de junio de dos mil trece.

Si antes tenía intriga, entonces ahora estaba muerta de la intriga. Mil cosas podían pasar en esa fecha. El día que descubrí ese número era dieciocho de junio, un martes frío (y fecha de cumpleaños de un gran músico, Paul Mc Cartney) por lo tanto no faltaba mucho para el treinta. No sabía que hacer, si temer, si ansiar, si evitar la fecha... Por eso, decidí olvidarme del asunto, ya que no había manera de saber qué iba a pasar, y era al divino botón ponerme a pensar en el futuro del que nadie tiene control.

Recién el 29 de junio me acordé de la tarjeta con la frase y el número. Pero no estaba lo suficientemente lúcida como para ponerme a analizar el tema, ya que estaba de vacaciones en Mendoza, celebrando mi cumpleaños. El treinta de junio amaneció nublado, y más nublado se puso cuando nos enteramos de que nuestra casa había sido destruida por un incendio de dudosa procedencia.

Suele decirse que internet es infinito, inabordable, sin embargo en esa infinitud, y con el mate en el escritorio, somos todos predecibles, siempre caemos en los mismos sitios, como si navegar en aguas muy profundas y desconocidas nos fuera a causar algunas náuseas.

Como cada mañana, pasé el agua al termo, me armé el mate y empecé la recorrida de medios partidarios... "La AFA hizo oficial un título de 1920" leo en la pantalla y es inevitable que toda virtualidad se termine y traslade mi mente a esa tarde de playa bajo la sombrilla verde y blanca y la arena escapando de entre los dedos de los pies.

Ese verano en la costa, presentaba una particularidad. Estábamos ampliamente por arriba de los contra en el conteo de camisetas en la orilla, veníamos de salir campeones por primera vez en la historia, razón por la cual era imposible sacarse la pilcha del taladro.

No sé si el tipo me eligió porque le gustó el libro que estaba leyendo, por el color de mi sombrilla, quizá por la camiseta o simplemente por azar. No! ahora me acuerdo, me pidió un mate. Se acercó porque estaba en su caminata matutina, me pidió un verde y me dijo:

— Pibe, vos sabés que eso de que es la primera vez en 113 que salen campeones es mentira, mi abuelo fue uno de los primeros campeones de Banfield, y no te hablo del

1920

Por Ezequiel Parrilla

51 ¡eh! Salí campeón en 1920, de una copa de honor que le ganaron a los bosteros.

El mate se multiplicó, me contó sobre las historias que su abuelo fullback le contaba de pequeño, "como quería esos colores el viejo, todo verde y blanco tenía". Me dijo que no era hinch de Banfield, que no le gustaba mucho el fútbol, pero se le notaba en la mirada y en la voz que quería al club.

La verdad, era la primera vez que escuchaba sobre esa historia y me sirvió para curiosear sobre algo en el verano; entre tanto hablar de Luchetti, Silva, Erviti, de repente pase a buscar algo sobre Bermani, Pambrum, Lucarelli, entre otros de aquel equipo añejo.

Me costó un poco confirmar la historia, y no encontré lugar en que la desmintieran. Banfield efectivamente había sido campeón de aquella copa, claramente en tiempos de amateurismo, tiempos donde el dinero era algo casi ajeno al

futbolista, tiempo donde no existía la AFA, que hoy publica esos campeones en su página web y los hace oficiales por muchos desconocedores de historia.

Claro, son tiempos de páginas web, de verdades virtuales, nada nos resulta verdadero si no se nos muestra en una pantalla que nos confirme lo que se nos relata. Estoy seguro que estos campeones de 1920 no necesitaban demostrar demasiado la oficialidad de su campeonato, quizá alguna nota de un diario, pero no mucho más, eran campeones porque querían a un club, porque amaban jugar al fútbol y salir campeones no les garantizaba un contrato más alto, ni nada parecido.

Muchas veces, después de ese cruce histórico con aquel nieto admirador de su abuelo futbolista, repetí que Banfield había salido campeón antes de aquella vuelta en la bombonera y que también se había consagrado frente a Boca. Pero en esa cruzada por hacer valer ese campeonato fui víctima de múltiples gastadas, muy pocos me dieron bola, y entonces comprendí que seguramente ese hombre, al que le bastaba con recordar las anécdotas que le contaba su abuelo, andaba repitiendo esa historia buscando alguien que lo escuche y que le crea, que se inquiete con esa historia sin la necesidad de mostrar alguna de esas cosas que nos hacen creer que son más oficiales que las palabras y los recuerdos.



ilustración de Andres Alvez

ESCRITO EN EL BORDE

- Metegol 1: te choreaste una parte de EL GARRAFA
- La parte de los monos, ya se había visto igualita en EL GARRAFA
- SACHERI Tenía razón a Tito había que esperarlo. Perón NOIR
- Trae tu viejo poster de Silva en desuso, lo reciclamos y te
- llevas, uno de los campeones de 1920
- ¿Por qué los cordones de Maipú son amarillos?
- Gloria eterna al marido de BO DEREK

TALLER RETIRO 2014

Búsqueda de la propia poética



Destinado a Músicos, Artistas plásticos, Cineastas, Actores, Bailarines, Titiriteros, Escritores con o sin experiencia

DEL 1 Al 7 de marzo 2014

Inscripciones del 1 al 30 de octubre 2013 en tallerretiro2010@yahoo.com.ar

informaciones en

www.sergiomercurio.com.ar

El Colorado de Banfield

Por Sylvia Bonfiglio

Las calles eran de los hombres...

Los últimos pantalones anchos, pañuelo y sombrero, silbando un tanguito terminaba de vestirse. Impecable, sonrisa al tono, radiante lamparita del patio, chan-chan, taconeó para arrancar... así bien petitero, rosita rocoó en la solapa, Glostora en el pelo... ¡tarirará!

Adoquín, zapato, taco cruzaba el empedrado nocturno, húmedo como hocico de perro. Chiflaba en las esquinas. Respuesta, corrida y saludo. Apretón de manos. Sonrisas. Humo. Los muchachos de la barra se iban convocando sin arreglo previo... sabían, nada más. La hora, la calle, la noche y el tarirará.

Las calles eran de los hombres.

En la soga del patio, la blusita de crepe se mecía al sol. Saquito entallado al cuerpo, pollera, medias de nylon y zapatitos con plataforma esperaban su momento de gloria sobre una silla de la pieza. Después de la clase de piano se encontraban las chicas en la vereda de "La estrella española" para "dar la vuelta al perro". Caminarían del brazo por Maipú, ida y vuelta hasta la estación, por una vereda y por la otra.

Al llegar a la esquina de "La bola de oro" el muchacho de traje gris, ojos profundos y sonrisa "odol" se sacaría el sombrero al verlas pasar... ¡tarirará!... ellas bajando la mirada y apretando sus cuerpos una contra otra, apurarían el paso para reírse segundos después, tapándose los dientes con la mano; girar levemente para volver a verlo... y la más pispireta gritar "¡adiós!". Luego repetirían el cuento toda la tarde, disfrutándolo otra vez, volviéndolo a vivir en el recuento minucioso de los acontecimientos.

Por la noche irían a algún salón de baile: el de la Sociedad Italiana, el Club infantil o el Belgrano, y en carnaval al "Yapeyú" o al "Cludias". Los sábados eran de ellas.

Alfredo De Angelis nació el 2 de noviembre de 1910 en Adrogué, pero para nosotros, los banfileños, es de aquí. Comprobantes de esta afirmación son el tango "El taladro"; la casa paterna de la calle Palacios, pegadita al viejo almacén de doña Sabina que hace esquina con Chacabuco y el mote con que se lo nombraba: El colorado de Banfield.

La casa de Palacios, austera y ancestral como solía verla mi vieja, sigue erguida en el mismo sitio, intacta y anacrónica, anclada en el 40, cuando una pibita de 11 años amiga de su sobrina lo escuchada tocar el piano sentadita en un taburete. Ausente de pintura y un poco venida a menos, esta casa- como tantas cosas que fueron importantes y luego las olvidamos para siempre- sobrevive a los recuerdos... y a la voracidad inmobiliaria. Cuestiones del tiempo... y del género humano.

¡A esa casa le falta la mano del viejo de De Angelis! Pintor, artista... decorador de las mayólicas de Constitución y también de brocha gorda, reconocido



Ilustración de Andres Alvarez

sigue en la pag 3 ▶



LA H

No suena.

Yo no sé cómo hacían para enseñarnos en la primaria esta extraña letra. No sé qué me dijeron, solo recuerdo escuchar que no sonaba. A medida que fui creciendo advertí que saber si había que escribirla dependía exclusivamente de todo lo que leyeras, es decir: sabías que iba con hache porque lo habías leído.

Después el mundo me llevó por otros lados y entonces me explicaron eso del sonido aspirado que tiene la letra, incluso después las palabras inglesas se hicieron moda entonces mi niña pequeña me dice que quiere hacer JIP JOP y es entonces cuando descubro que no es JIP JOP, sino HIP HOP. Errado.

La primera vez que denoté la fuerza de esta letra fue no hace mucho, cerca de Chihuahua en Santa Eulalia, un antiguo pueblo minero del norte mexicano, fue en un diálogo que escuché dentro de un salón, afuera una persona reconocía de forma enérgica que él había errado. Me pareció un gesto de valentía importante. Es que si bien, errar es algo sumamente común, admitirlo no lo es. Es decir, cuando uno dice que erró: suena. Da más empatía escuchar a quién reconoce haber errado que a aquel que manifiesta haber acertado. ¿Será porque recordamos más los errores que los aciertos?. Nadie se pregunta que hubiera sucedido si el cabezazo de Víctor López no hubiera entrado en el arco de Tigre. Pero sí, todos cuestionan como empujó la pelota Cevallos en el partido contra River, en la copa. Parece que los errores se nos pegan, nos vuelven, nos marcan. Manteniendo el relato a nivel futbolístico, Valdano, y en otra oportunidad Bielsa comentaron que solo las derrotas templan el espíritu y mejoran el ser humano, que en general no hay nadie a quien se le hayan despertado sentimientos de nobleza tras un gran triunfo. Para volver a la gente que pasó por Banfield, y señalar una excepción, Osvaldo Soriano relató el sentimiento de arrepentimiento que Obdulio Varela, el negro jefe de la selección Uruguaya que protagonizó el maracanazo, tuvo al confundirse en la noche carioca junto a los miles y miles de perdedores del mundial del 50. Se sintió arrepentido de lo que había hecho. Se sintió errado en haber acertado. Vengo con todo esta lata, porque quiero que usted sepa que me equivoco, que los que hacemos el banfileño, nos equivocamos, imagínese por ejemplo que en el número anterior colocamos el cuento ganador de secundaria 1 con el seudónimo de la chica ganadora. Es decir; Carolina Díaz solo existe en la imaginación de Rocío Santander. Esta última fue la ganadora, nos equivocamos. Es decir erramos. Tratamos de no errar pero erramos, fíjese por ejemplo que en la historia con la que comencé este relato, hablo del tipo que reconoce que erró y yo medio tocado me inquieto, salgo del salón y encaro la calle, y me empiezo a reír solo. Es que el hombre que hablaba con ese canto, no tan suave como las películas mexicanas, estaba agachado y las alas de su sombrero dejaban entrever que levantaba las manos delanteras de su caballo y señalaba sus cascotes. El otro hombre, dijo que había "errado" mal. Pero este insistía en que "erraba" bien, que siempre había "errado" bien. Y es recién ahí que me doy cuenta que había una hache en toda esta conversación. Hablaban de errar y no de errar. Hablaban de herraduras y no de errores. Yo de todas maneras, le hablo de errores, hablo de errar sin hache. Ojalá que reconozco nos haga mejores. De todas maneras me llama la atención lo diminuto que es el espacio entre errar y acertar. Además como le decía suena igual. Conclusión: Hemos errado intentaremos mejorar, con este editorial hemos herrado nuestros errores y aún tenemos ansia de continuar

De Banfield a Malvinas

Por Osmar Castro

Marcelo Daniel Massad, clase 1962, un joven de Banfield en las puertas de un brillante futuro, no regresó.

A los 19 años está en Monte Longdon recibiendo una orden: Replegarse. Daniel Suarez, a su lado, escucha lo que Marcelo dice, y mira. Daniel está comunicando que hay un grupo de conscriptos que no han oído la orden.

Estamos en Banfield, Osvaldo y Dalal, sus padres, amablemente rememoran los episodios que vivió su hijo, héroe nacional por su conducta y genuino valor demostrado en una de las batallas más duras de Malvinas. Esta distinción lo alcanza, no solo por su valentía y patriotismo en combate, sino también, por su gesto profundamente humano y solidario al no replegarse ante una orden en pleno ataque enemigo; porque su premura fue correr a avisar a un grupo de compañeros que no la habían escuchado, una vez hecho esto y con sus camaradas a salvo, el tiempo no le alcanzó a él, pero sí los proyectiles de una metralleta...

Los acontecimientos de 1982 movilizaron al país entero con resultados dolorosos, pérdidas humanas y secuelas traumáticas entre muchos de los que regresaron, problemas físicos y psíquicos y todo el sedimento de un conflicto bélico entre países. Esa desafortunada contienda mostró sí valores humanos extraordinarios, actitudes valerosas de muy jóvenes combatientes iniciados, algunos, en el mismo momento del enfrentamiento, contra profesionales de la



Marcelo Massad de vacaciones en el Sur

guerra; jóvenes que habían cambiado en treinta días sus libros de textos o sus herramientas de trabajo por un fusil extraño e inmanejable y que debieron aprender porque en eso les iba la vida, estaban cumpliendo su servicio militar obligatorio y a punto de regresar a sus hogares para continuar con sus sueños e ilusiones, debieron ir a las islas y algunos no regresaron...

Marcelo mira a su compañero y le pide que se quede, que él mismo va a avisarles que hay que replegarse, que se vienen los ingleses, que no se puede resistir más, que hay que volver. Entonces se agazapa y corre hacia abajo.

Muy al sur de nuestro territorio, donde el mapa hace una cuña hacia la zona del mar austral, están las Malvinas, al este del continente y conformando el archipiélago que pertenece a nuestro país. Usurpadas por el Reino Unido en 1833, los reclamamos se han sucedidos en forma permanente ante todos los foros internacionales competentes. La legitimidad de las peticiones han sido avaladas por entidades y organizaciones de igual rango y, en forma individual, por países de todos los continentes. Ese inmenso apoyo continúa en el presente y seguirá en el futuro porque la cuestión Malvinas es una causa que no ha cerrado.

Osvaldo Massad va en busca del café, Dalal su esposa, comienza a seleccionar documentación sobre Marcelo, sin dejar de contar anécdotas. De alguna manera, en paralelo, asocio imágenes y sentimientos muy cercanos que no puedo evitar, por similitud de conductas y actitudes que tienen que ver con lo mejor de la condición humana, especialmente a esa edad cuando afloran proyectos de vida con muchas ilusiones y el futuro comienza a clarificarse en cuanto al desarrollo persona; y de pronto, todo se derrumba en un solo instante por un hecho casual, inesperado o traumático y deja marcas muy profundas que no desaparecerán, en el círculo de familiares más cercano.

Marcelo llega a la trinchera y grita, "Vamos muchachos hay que replegarse". Los que lo han escuchado se amontonan en la salida y corren cuesta arriba.

El café humea, Osvaldo y Dalal me alcanzan una foto, "estas son nuestras hijas Karina y Yamilé...", son hermosas apunto y ella asiente complacida. Ambas han sentido la

sigue en la pag 3 ▶

Sergio Mercurio